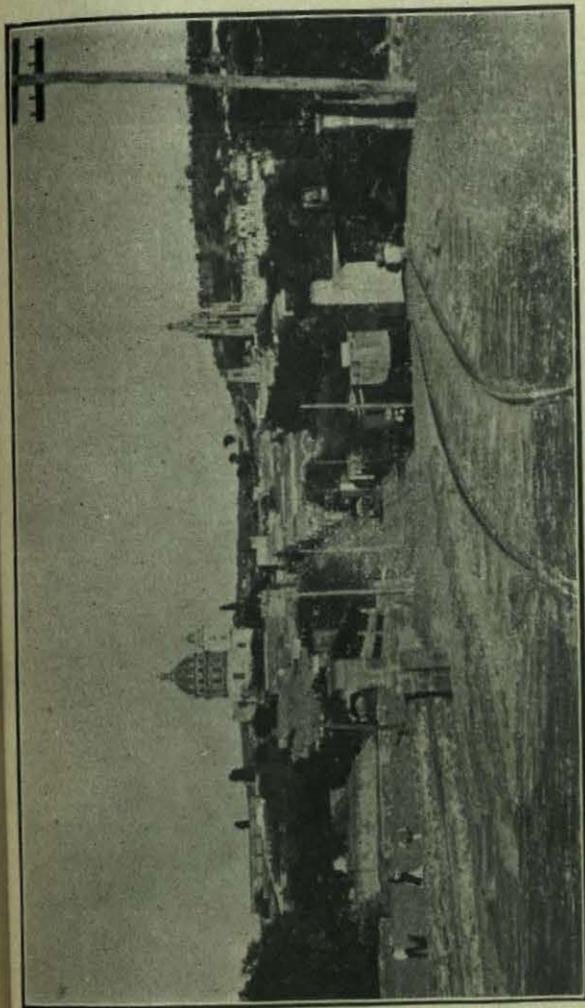


currieron el Ayuntamiento. Los prela- dos de las religiones y principales ve- cinos, en la que expuso francamente el estado que guardaba la insurrección de Dolores, lo extenso de las miras del Cura Hidalgo, cuya capacidad cono- cía; sus presentimientos de que acaso dentro de pocas horas se le cortaría la cabeza y su resolución para defender la ciudad, no obstante estos anteceden- tes y las insinuaciones que se le hicie- ron para que saliese con el batallón y los vecinos armados á batir al enemigo en campo abierto, por lo que mandó cerrar las bocacalles con trincheras y fosos. Desconfiando después de este aparato, dispuso fortificarse en la Al- hóndiga y reducirse á este solo punto, en el que entraron el batallón de in- fantería, varios paisanos armados, me- xicanos y españoles, montando el total á cosa de quinientos hombres, y dictar órdenes para que se armaran y presen- tasen inmediatamente en la ciudad los escuadrones del regimiento de caballe- ría del príncipe, que había en los pue- blos inmediatos. Este acontecimiento tan inesperado, dice Don Carlos Bus- tamante (de acuerdo en lo sustancial Don Lucas Alamán), puso á Guana- juato en gran conflicto, pues quedaba de todo punto desamparado de gentes, reduciendo á uno solo la defensa, y por tanto, el alférez real Don Fernan- do Marañón, hizo que se citase á un cabildo, como se verificó en la misma Alhóndiga, la tarde del 26. En él ex- presó Marañón el desconsuelo en que estaban los moradores de la ciudad por haberse retirado el intendente á aquel

punto con toda la tropa, quedando, por lo mismo, el lugar en el mayor desam- paro é incapaz de defenderse en el caso de un asalto. El intendente contestó que le había sido absolutamente neces- sario tomar aquel partido en atención á la poca gente que tenía de guarnición y que había escogido aquel lugar por ser todo de bóveda y cuartín, donde podía mantener los intereses del rey hasta morir al lado de ellos, como lo tenía la obligación, y que el vecindario se defendería como pudiese. Puestas las cosas en estos términos y seguro Ria- ño de que contaba no sólo con la gen- te principal de la población y su fuer- za armada, sino también con caudales que en concepto de los historiadores que dejamos citados, eran de tres á cinco millones de pesos, en barras de plata, dinero, azogue de la real ha- cienda y objetos valiosos, y que había reunido viveres para sostenerse aun en estado de sitio por tres ó cuatro meses, esperó á sus contrarios, que no tarda- ron en presentarse.

El formidable combate que en segui- da tuvo lugar lo refieren Don Carlos Bustamante y Don Lucas Alamán, ca- si de una misma manera, aunque con diverso estilo; pero nosotros, siguien- do nuestro propósito, seguiremos ex- tractando al primero, si bien haciendo á un lado alguno que otro incidente negado por el segundo, como es el de Pipila, por no estar, según lo que he- mos oído decir, suficientemente acre- ditado. A las once del viernes veintio- cho de Septiembre, dice Don Carlos, llegaron á la trinchera de la cuesta que

sube de la calle de Belén á la Alhóndiga, Don Mariano Abasolo y Don Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel y el segundo de teniente coronel del ejército de Hidalgo, acompañándolos dos dragones y dos criados con lanzas. Entregaron un oficio que traían de su jefe al intendente Riaño, quien les hizo decir por medio de su teniente letrado, que era necesario esperasen la respuesta por tener necesidad de consultar antes de darla. Por tanto, Abasolo se marchó al momento y dejó á Camargo á que la aguardase, el cual, antes de que se la dieran, pidió licencia de entrar en el fuerte, porque tenía que hablar con el intendente; concediósele éste, pero desde la trinchera se le condujo con los ojos vendados, á usanza de guerra, hasta llegar á la pieza donde debía entrar; quitósele allí la venda y estuvo en comunicación con el intendente letrado Don Francisco Iriarte. Don Miguel Arizmendi y otros, en cuya compañía se le dió de comer hasta que se le despachó; interin pasaba esto, llamó el intendente á todos los europeos y oficiales de la tropa é hizo que en voz alta se leyese el oficio que acababa de recibir, el cual, en sustancia, decía que el numeroso ejército que comandaba lo había aclamado en los campos de Celaya capitán general de América y que aquella ciudad, con su Ayuntamiento, lo había reconocido por tal y se hallaba autorizado bastantemente para proclamar la independencía que tenía meditada, pero que, siéndole para esto obstáculo los europeos, le era indispen-



Panorama de San Miguel Allende, primera población ocupada por los insurgentes el 16 de Septiembre de 1810.

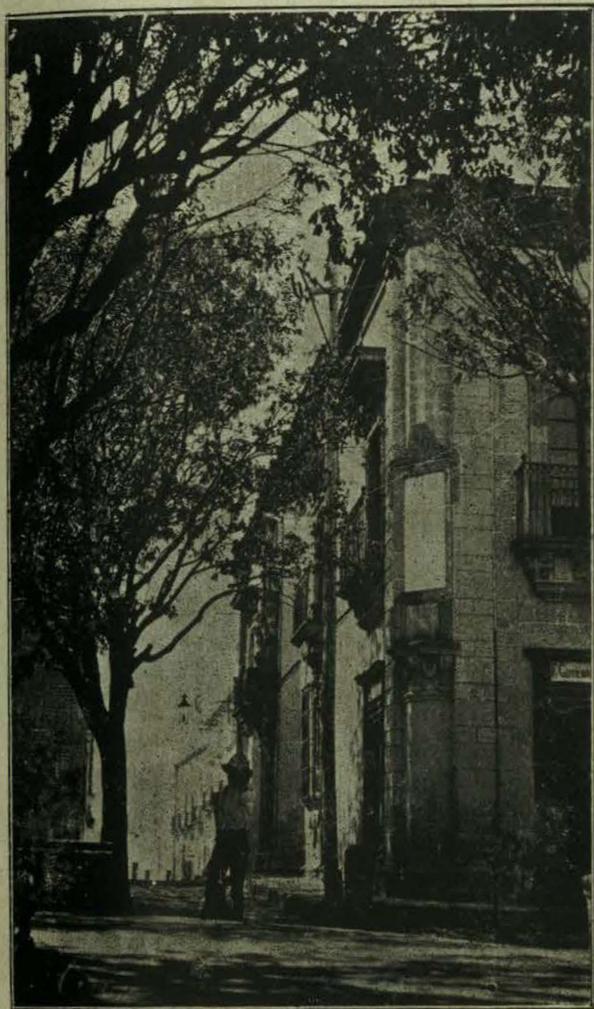
sable recoger á cuantos existiesen en el reino y conquistar sus bienes y así, le prevenía se diese por arrestado con todos los que lo acompañaban, a quienes trataría desde luego con el mayor decoro, y de lo contrario entraría con su ejército á viva fuerza, sufriendo el rigor de la guerra. Al calce del oficio decía al intendente que la amistad que le había profesado le hacía prometerle un asilo seguro para su familia en un evento desgraciado. Concluida la lectura de esta intimación, el intendente dijo á los circunstantes: Señores, ya ustedes han oído lo que dice el cura Hidalgo; trae mucha gente é ignoramos su número, como también si trae artillería, en cuyo caso es imposible defendernos. Yo no tengo temor ninguno, pues estoy pronto á perder la vida; pero no quiero creer que intento sacrificarlos á mis particulares ideas: ustedes me dirán las suyas, que estoy pronto á seguir las. Un profundo silencio siguió á esta peroración; los más pensaban rendirse considerando la poca fuerza con que contaban, otros se hallaban con el corazón traspasado de pena considerando á sus familias, que habían dejado expuestas en la ciudad, y temían ser los primeros en levantar la voz; hizolo al fin Don Bernardo del Castillo, diciendo: "No, señor; no hay que rendirse, vencer ó morir..." oído por los demás, siguieron maquinalmente su dictamen. Satisfecho el señor Riaño de que esta era la voluntad, se salió á contestar y en efecto, respondió con la mayor entereza al general Hidalgo, diciéndole: "Que no reconocía más ca-

Allende.—8.

pitán general en la Nueva España que al Virrey Don Francisco Javier Venegas, ni podía admitir otra reforma en el gobierno que la que se hiciese en las próximas cortes, que estaban para celebrarse, y que en tal virtud, estaba dispuesto para defenderse hasta el último, con todos los soldados que lo acompañaban. Firmó el oficio con la serenidad con que despachaba el correo ordinario, poniéndole al calce, que la diferencia en el modo de opinar entre él y el general Hidalgo, no le impedía darle las gracias por su oferta y admitirla en caso necesario. Despachado el comisionado, comenzó á dar sus disposiciones de resistencia.

Colocó tropa en las trincheras y el resto con los europeos, parte en la plazuela de fuera de la Alhóndiga y parte en la azotea, en la que fijó bandera de guerra. Formó la caballería dentro de las trincheras, distribuyó las municiones y dió á la tropa un corto refresco. Notábase en medio de estas disposiciones que casi en las alturas como en derredor del fuerte, había mucha gente de la plebe sentada y tan tranquila como si esperase ver una corrida de toros.

A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército del Cura Hidalgo por la calzada (si puede dársele este nombre á una turba confusa de muchos indios honderos, flecheros y garroteros). Presentábanse muchos armados de lanza y machete y pocos con fusiles. Veíanse entre éstos los dragones de la reina de San Miguel el Grande y parte del regimiento de infantería de



Casa habitación del excelentísimo Sr. General Don Ignacio de Allende y Unzaga.

Celaya, que á la entrada de Hidalgo en aquella ciudad se le incorporó. No podré fijar el número de las tropas del señor Hidalgo: créese con probabilidad que llegasen á veinte mil hombres. Para que se pueda formar una idea más clara del ataque, intenta Don Carlos Bustamante describir la fortificación de la Alhóndiga y lo hace del modo siguiente: comunicábase por una puerta de la Hacienda de Platas nombrada Dolores, cuya noria y bardas dominaban la calzada por cuya ventaja comenzaron desde allí los españoles á hacer fuego y mataron tres indios. Visto esto por el ejército, se dividió en dos trozos; parte de los de á pie y caballería tomó por detrás de "Pardo" para subir al cerro de "San Miguel," bajando los primeros por el punto que llaman del "venado" y los segundos por la calzada que llaman de las "carreras." El otro trozo de á pie tomó por detrás de la hacienda de "Flores," para subir al cerro del "cuarto." De trecho en trecho se veían banderas de todos colores que parecían mascadas con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe en el centro. Los de á pie se colocaron sobre las azoteas y en sitios donde alcanzaba la honda. Otros en el río quebraban piedras y las daban á los proveedores, que, como hormigas subían por todas partes, y era tal la pedrea que menudeaban, que no se daban punto de reposo, de modo que concluida la acción se notó que el pavimento de la azotea y patio tenía el alto de una cuarta de dichas peladillas arrojadas. El

trozo de caballería que bajó por las carreras, sería como de dos mil hombres, los que apoderándose de la cárcel pusieron en libertad á más de cincuenta criminales y á todos muchos de delitos menores; hicieron lo mismo en las "Recogidas" y á todos los llevaban por delante con dirección hacia la Alhóndiga, gritando: ¡viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la América!

Comenzó, pues, la acción situándose los honderos en sus puestos y los fusileros en los cerros del "venado" y del "cuarto." El fuego era vivísimo y aumentaba el pavor que causaba el silbido de las balas, la espantosa grito de la plebe, unida ya con los indios. El fuego de los sitiados no era menos infernal y como certero dirigido sobre grandes masas de gente, hizo tanto destrozo que las trincheras estaban llenas de muertos. Sin embargo, los asaltantes cobraron con la horrosa vista de éstos tal ánimo, que emprendieron el asalto por viva fuerza y lo consiguieron como á la media hora de comenzada la acción. Por tanto, quedó al descubierto la caballería de los españoles; sus jefes intentaron en vano maniobrar con ella porque no fueron obedecidos de sus soldados; el intendente tocó retirada replegándose al interior del fuerte y los indios se apoderaron de los caballos. Notó el señor Riaño que el centinela de la puerta había abandonado el punto, dejando allí el fusil; tomólo reemplazando á dicho centinela y comenzó á hacer fuego con su arma. Un cabo de Celaya reparó en el denuedo y brío con que evolucionaba

ba aquel militar que, además, llamaba la atención por lo bien agestado; da, pues, un brinco para tomar un mamuesto, le mete el punto y dispara con tanto acierto, que le entró la bala arriba del ojo izquierdo y, además, descalabró con la misma á un cabo del batallón de Guanajuato, que estaba á sus espaldas. Así murió el intendente Riaño. Recogieron sin demora su cadáver y lo condujeron al cuarto número 2, donde se representó una escena harto dolorosa: abrazóse de él su hijo Don Gilberto, despechado tomó una pistola para matarse, pero los que lo acompañaban, le ofrecieron poner en el punto más peligroso para vengar la sangre de su padre; esta oferta le calmó un tanto y marchó luego á desatar su furia sobre sus enemigos.

Los españoles se defendieron en esta vez desesperadamente. Ellos arrojaban los frascos de hierro colado en lugar de bombas, que hacían espantoso estrago; mas como notáse el mayor Berzabal que ya se habían lanzado hasta quince de ellas sin lograr que los asaltantes retrocedieran, empezó á exhortar á los españoles á rendirse. Entences de éstos unos arrojaban dinero por las ventanas sobre la multitud, otros abandonaban las armas, otros querían morir antes que entregarlas, quien tiraba la casaca, quien se empeñaba en desfigurarse, por no parecer soldado; todo era entonces confusión y desorden; no había quien mandase, ni quien obedeciese; cesó, por tanto, la defensa del fuerte y á poco cayó muerto Berzabal de un ba-

lazo, desgracia que se atribuyó á uno de sus soldados, resentido porque le había reprendido. Con trabajo se hizo entonces la bandera de paz, bien que todavía no ardían las puertas del fuerte, en el que cesó el fuego de fusilería. Por tanto, se arrimaron á él los indios, dándolo por rendido: Ignoraban los españoles de la hacienda de Plata de Dolores, esto que pasaba en la Alhóndiga y continuaban disparando vivisimamente. El hijo del intendente, sin poderlo contener hacia por sí mismo gran daño arrojando frascos; á vista de esto, gritaron todos como si los inflamara un mismo espíritu: ¡Traición!... ¡Traición!... y los jefes dieron orden de no otorgar la vida á nadie. Arrimaron más ocote á las puertas y las ganaron á viva fuerza á las tres y media de la tarde. La algazara era espantosa y se oía en todo Guanajuato, multiplicándose su eco por las quiebras y cañadas; esto no menos que humareda y alharidos de la multitud, acabó de acobardar á cuantos se hallaban dentro del fuerte. Abrazábanse unos á otros de los sacerdotes puestos de rodillas, implorando inútilmente la clemencia de los vencedores; pero éstos, muy lejos de apiadarse, comenzaron á matar á cuantos encontraban; arrancaban á tirones la ropa á los moribundos ó les echaban lazo al cuello con las hondas y remataban á no pocos á lanzadas, exhalando éstos sus últimos suspiros entre horribles gestos, mortales angustias y agudos alaridos. Algunos intentaron defenderse ó vender á precio alto su vida; pero eran

vencidos luego por la muchedumbre que les cargaba. Los de la hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa, que cae al puente de palo, pero cuando iban en las caballerizas, las echaron abajo los indios y allí comenzó de nuevo la matanza. Refugiados los más en la noria, hicieron maravillas de valor; otros se arrojaron al profundo de la noria, donde murieron ahogados, buscando en esta clase de muerte el alivio que no les permitía encontrar el acero ó la matanza de sus airados enemigos.

A las cinco de la tarde terminó la acción, en la que murieron ciento cinco españoles, y casi igual número de los oficiales y soldados del batallón. De los indios murieron muchos en casi cuatro horas de combate que sufrieron con bastante cercanía del fuego; ignórase el número, porque los enterraron en la caja del río durante la noche y sólo parecieron cincuenta y tres, que se enterraron á otro día en la parroquia y unos cuantos en San Sebastián.

Hemos copiado á la letra la toma de la Alhóndiga, ó sea como vulgarmente se le dice, castillo de Granaditas, y dádole la preferencia en este punto á D. Carlos Bustamante, porque creemos que con presencia del texto deben tener mayor fundamento una que otra reflexión, que siempre nos ha inspirado su lectura, y vamos á exponer sencillamente; y porque como dice Don Lucas Alamán, Don Carlos Bustamante es el escritor por exce-

lencia de la revolución de México en el año de 1810.

Desentendiéndonos de la cuestión de si el intendente Riaño debió para su triunfo salir á campo raso para batir con todas sus fuerzas al cura Hidalgo, fuera cual fuese la suerte de Guanajuato, una vez que obtenida la victoria pronto tendría que someterse en el caso de que se hubiera sublevado, ó esperar el ataque en dicha ciudad, como lo hizo, es menester convenir en que el punto que eligió para su defensa fué el mejor por lo bien amurallado del edificio, por tener en él concentradas todas sus fuerzas y porque siéndole más fácil observar gradualmente los avances ó la derrota del enemigo, le era también más fácil la prontitud y la oportunidad en su disposiciones: menester es igualmente convenir en que sin embargo de ser respectivamente corto el número de los defensores de Riaño, era de superior clase, así por razón de personas como de armas, y aun en cuanto á su situación moral, pues seguros de que el combate había de ser sin tregua ni descanso, rudo y sangriento y, por fin, de vida ó muerte, su decisión para pelear debía ser como lo fué, de leones acosados; pues bien, ¿cómo una fortaleza semejante fué tomada y arrollada completamente en poco menos de cuatro horas? Don Carlos Bustamante da á entender que sólo la indiada unida con la plebe y sin plan ni concierto alguno, lo consiguió: pero nosotros no podemos entenderlo así, porque un ejército no diremos de "honderos, garroteros y flecheros," y

una plebe que no tenía ni podía proporcionar más armas que piedras del arroyo; pero ni aun de línea, si no tiene al frente una cabeza que lo dirija y un brazo que lo sostenga, es imposible que asalte una fortaleza con buen éxito. Juzgamos, por lo tanto, que se debió el triunfo no á aquellas masas de gente desordenadas aun cuando haya sido extremado su arrojo, sino á las medidas adoptadas de antemano por sus jefes; mas aun dando esto por cierto, como nos lo parece, quiénes ó quién de ellos fué el que meditó y ejecutó el plan de ataque? Si es positivo lo que escribe don Lucas Alamán, Hidalgo, durante la acción, se estuvo en el mesón, y Abasolo se fué á tomar chocolate, por lo que creemos que debe haber sido Allende, en unión de sus otros compañeros, y racionalmente no debe pensarse otra cosa, ya sea que se atienda á su propensión á los peligros, por más inminentes que fuesen, ya á sus conocimientos militares, muy superiores á los de sus compañeros todos y á su incomparable empeño por la independencía, como creemos haberlo demostrado suficientemente, sin que pueda destruir esta opinión la circunstancia de que siendo el General Hidalgo jefe principal de aquel ejército, á él y sólo á él le convenía, no sólo los planes de batalla, sino todas cuantas providencias hiciesen relación con ella, porque á pesar de esta preeminencia y altas prerrogativas, Allende siempre fué considerado aun por el mismo Hidalgo, como el verdadero y único promovedor de la in-

dependencia, y en la campaña antes que súbdito como compañero de dicho Hidalgo, como lo prueba entre otras cosas, el hecho de haber sido firmada por ambos la intimación de rendición que de la hacienda de Santa Rita dirigieron al Ayuntamiento de Celaya. Tal vez con el transcurso del tiempo se aclare esta especie y se llene este otro vacío en la historia particular de Don Ignacio Allende. Para más en esta línea, fué Don Lucas Alamán que Don Carlos Bustamante, pues al fin, hablando del saqueo que seguía en las casas de los españoles, después de la rendición de la Alhóndiga y no obstante las órdenes severas de Hidalgo, para evitarlo, dice: "Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desorden para lo que publicó un bando el domingo 30 de Septiembre, pero no sólo no fué obedecido, sino que no habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe había comenzado á arrancar los enrejados de fierro de los balcones y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mexicanos en que se le había dicho que había algunos efectos pertenecientes á los europeos; una de las que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español muerto en la hacienda de Dolores, llamado Don José Posadas, que aunque había sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interior había una bodega con efectos y dinero que él mismo había metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el suelo

había penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro por haberme creído europeo. En este conflicto mi madre resolvió ir á ver á Hidalgo, con quien tenía antiguas relaciones de amistad, y yo la acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y de licores; llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que, como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases; había en un rincón una porción considerable de barras de plata, recogidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imagen de Guadalupe, que servía de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino, con una mesa pequeña delante con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecía ser un pedazo de estola de aquel color. Recibíonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad é impuesto de lo que se temía, nos dió una escolta mandada por un arriero vecino del rancho de Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien había hecho capitán y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pudiese al alojamiento de Hidalgo, pues los desti-

naba para gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunía á cada instante más y más gente empeñada en entrar á saquear: dió aviso con uno de sus soldados, á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desorden, que no había bastado á enfrenar el bando publicado, y se dirigió á caballo á la plaza donde estaba mi casa, acompañado de los demás generales. Llevaba al frente el cuadro de la imagen de Guadalupe con un indio á pie que tocaba un tambor. (1). Seguían porción de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la reina en dos líneas, y precedía esta especie de procesión el cura con los generales, vestidos éstos con chaquetas como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenían en el regimiento de la reina, se habían puesto en las presillas de las charreteras, unos cordones de plata, como sin duda habían visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la Virgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor pelotón de plebe delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obediéndola, Allende quiso apartarlo de

(1) Cuándo no habia de poner la cosa, el autor aunque fuera en ridículo? A qué venía sinó lo del indio á pie tocando el tambor?

las puertas de la tienda, metiéndose entre la muchedumbre; el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente y cubierto entonces con todo género de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo y haciendo que éste se levantara, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe, que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. “¿Ahora, preguntamos nosotros, el que así se manejó con una muchedumbre desenfrenada é insolente, que así se había burlado de Centeno y su gente como de las palabras de Hidalgo, estaría de simple espectador en la toma del Castillo de Granaditas? Imposible. Para los que conocieron á Allende ó han podido formarse una idea de su persona y seguro lo mismo que para nosotros, que él fué el que dispuso el ataque de aquella fortaleza que á su rendición cooperó poderosamente y que sin él no se habría tomado, ó la lucha habría sido más larga, más encarnizada y sangrienta; mas como quiera que sea, nosotros no haremos más que aventurar nuestra opinión, pues francamente confesamos nuestra absoluta falta de datos en esta ocasión.

Bajo de tal inteligencia y en la de que como lo hemos repetido, nunca ha sido nuestro ánimo, ni debía serlo tampoco, supuesta nuestra incapacidad, escribir la historia de los primeros días de aquella memorable revolución, sino únicamente algunos rasgos biográficos de Don Ignacio Allende.

debemos decir que en plena posesión Hidalgo de la ciudad de Guanajuato, en la que, después de la matanza horrible de Granaditas, fueron saqueadas las tiendas de ropa, vinaterías, casas y haciendas de plata, de los españoles, las minas de Valenciana, Villalpando, Rayas y otras, procuró organizar el gobierno civil nombrando intendente á Don José Antonio Yáñez, por haberse excusado de este empleo Don Francisco Pérez Marañón; previniendo al Ayuntamiento (1) que por ser atribución suya nombrase Alcaldes, que lo fueron Don José Miguel de Rivera Llorente y D. José María Chico, levantando dos regimientos de infantería, uno de los cuales, á las órdenes de su coronel, Don Casimiro

(1) D. Lucas Alamán dice "Hidalgo conforme á lo que habia practicado en Celaya, quiso que su autoridad fuese reconocida por el Ayuntamiento de Guanajuato y á este fin hizo que se reuniese en la sala de sus cabildos. Presentóse en ella escoltado por una guardia compuesta de hombres de todas castas y trajes militares y campesinos y colocándose bajo el docel se dirigió á la corporacion diciendo, que habiendo sido proclamado en Celaya pr. mas de cincuenta mil hombres, capitán general de América, debia el Ayuntamiento reconocerlo con aquel carácter y sin esperar resolución ni contestacion se retiró." Si es cierta esta especie que el autor apoya en una exposicion que dicho Ayuntamiento dirigió al virrey, comprueba á nuestro modo de ver la de que el ejército mas bien que el Ayuntamiento hizo en Celaya la proclamación de capitán general en los terminos qe. lo refiere Willian Davis Robinson, qe. dejamos citado, lo mismo que la nota de intimacion qe. el propio Hidalgo dirigió á Riaño al aproximarse á Guanajuato, puesto que, hablando de su autoridad y representación, se espresó en los propios terminos, esto es, que su numeroso ejército lo habia aclamado en los campos de Celaya capitán general de América.

Chovel, quedó en Valenciana y el otro en la ciudad, á las del suyo, Don Bernardo Chico: ordenando que se hiciera una fundición de cañones, de la que se encargó Don Rafael Dávalos, alumno del Colegio de Minería de México, cuyos resultados no fueron muy favorables, por lo imperfecto de la obra; y por último, disponiendo se estableciera una casa de Moneda, para que se sellara la plata, pasta que existía y las que siguieran produciendo las minas, lo cual, por la habilidad de un joven herrero guanajuatense y bajo la dirección de Don Francisco Robles, tuvo el éxito más satisfactorio. En cuanto á los españoles y mexicanos, que fueron hechos prisioneros en Granaditas, todos fueron llevados á la cárcel pública, aun los heridos; pero al día siguiente dispuso Hidalgo que los primeros se trasladaran al mismo punto de la Alhóndiga con los demás que habian sido conducidos de Dolores y de aquí, encargando se les tratase con toda clase de consideraciones; y los segundos fueron puestos en libertad. Hubo una alarma que puso en movimiento toda la ciudad, originada de la noticia que corría, de que don Félix Calleja, Comandante general de San Luis Potosí, se acercaba á Guanajuato en persecución de los insurrectos, y tanto, que el propio Hidalgo en persona salió á los alrededores de la población y Don Juan Aldama se extendió á puntos más retirados; mas como saliese falsa, se restableció la tranquilidad pública. Todo esto tuvo lugar del veintiocho de Septiembre al diez de Oc-